



Impresiones de Estética

(Del prólogo de COPOS DE HUMO)

ENCERRADO en su torre de marfil o en su torre de hierro, el poeta debe bordar el encaje de sus melodías o forjar el duro acero de sus armas en medio de un vasto silencio, en el que se sintiera vagar una pluma en el aire. En el diálogo misterioso de la cabeza con el corazón sólo Dios debe hallarse presente. El espíritu es algo divino que inmortaliza las palabras que lo encierran; y hay que poner en cada flor cerebral un perfume del espíritu. En el fondo de la idea que interpretan las voces elocuentes habréis notado el paso de la llama inmortal en un temblor sutil, así como en el agua del estanque véis temblar la sombra de los árboles. Y las palabras son estanques de alegrías o de lágrimas en los que se refleja el alma humana.

Desde mi torre de silencio yo diría a los jóvenes cerebrales estas simples cosas:

Sed fuertes, sinceros, nobles y profundos. Grabad en vuestro rostro el gesto del sembrador y sean vuestros granos gérmenes de virtudes y de glorias. Tended hacia el ancho horizonte el ala poderosa y hacedla que se acostumbre a vencer las tormentas y a dominar el vértigo de las alturas. Que vuestras pupilas, anegadas en la lumbre de los soles, reflejen todos los amores y todas las tristezas del mundo. Que vuestro espíritu, santuario de excelsos ideales, lance a los cuatro vientos las grandes palabras simbólicas: PATRIA, HONOR, LIBERTAD; engendradoras de martirios, altas cruces

de sacrificio, trágicas banderas de combate flameando gloriosamente en las cumbres de la Historia. Amad todo lo que vuela. Ejercitad la fuerza viril en todo ejercicio fecundo; probad la dureza del músculo de bronce y la energía de vuestra alma y los quilates de vuestro carácter. Sed humanos, heroicos, generosos y altivos. Pero no olvidéis oficiar en la severa basilica del Arte, cuyo culto divino hace florecer el jardín de los sueños y pone una luz de rosa y un perfume y una música en el corazón, llenándolo de un dulce amor a la vida. Amad el Estilo: que el Estilo sea para vosotros una religión. Que en él vaya aprisionado el pensamiento como la luz en un globo de cristal. El Estilo es la mágica bordadura de pedrerías en que se envuelve la Idea, y la idea debe ser de oro, alta y honda, noble y singular. Buscad el arcano misterio de las cosas; compenetráos (empresa difícil ésta) con el encanto del verso polifono y profundo. El verso es la expresión absoluta de un estado de alma o de una emoción cerebral; y como es la forma estética más perfecta, para hacerlo supremo es preciso llenarlo de pasión y de intensidad. En esa leve línea hay que poner un estremecimiento o un escalofrío: hay que hacerla hablar una lengua extraña, ya áspera y grandiosa, ya suave y musical; pero diferente de la lengua sin alma en que dice sus miserias la multitud. Amad, en fin, jóvenes pensadores, la Belleza en todas sus manifestaciones; en un ritmo, en una tela, en un mármol, en el matiz de una flor o en el mórbido seno de una virgen; pero, ante todo, la belleza del pensamiento y del estilo sobre todas las bellezas de la tierra. Ella solamente os hará conocer la sagrada embriaguez y el goce puro y hondo de que es capaz el espíritu humano.

FROYLÁN TURCIOS.



WENNERBOM EL POETA

(Traducción de Salomón de la Selva)

Wennerbom, el poeta, el trovador divino,
bamboleándose llega. Un frasco de mal vino
es todo lo que trae. Por su traza se mira
que vive en el hospicio. Tal vez por él suspira
el viento entre los árboles del viejo parque... Muestra
los dientes, y su risa es amarga y siniestra.

Abejas bulliciosas dejaron la colmena
y entonando sus himnos le dan la enhorabuena;
los árboles derraman su sombra más amable:
cortesmente le ruegan los pájaros que hable...
Poco al poeta importa la recepción; su halago
(¡si parece marqués!) está en tomar un trago.

Los saltamontes tocan sus cítaras; las flores
hacen propicio el aire para suaves amores.

Wennerbom, sin fijarse en cuán bello es el día,
sigue tragando vino: al verlo se diría
que Circe transformóle. El sol, en la botella,
brilla como si fuera una maligna estrella.

El alma del poeta y el alma del vino
comulgan tristemente:—¡Bebamos! ¡Al destino
lo vence la embriaguez!—Wennerbom se dirige
a la botella oscura:—Si mala suerte aflige,
¡bebamos! ¡I bebamos si la esperanza muere,
y si el amor se aleja, y si arma oculta hiere...

Y Wennerbom, borracho, se desploma: y en pleno
parque, y al sol, se duerme. El vino es su veneno
y le asesina a plazos. Mas hoy, dormido, goza
de una alegría pura; su espíritu retoza
con los ángeles buenos. Tan amarga es su vida,
que hace bien en dormirse. Así sueña, así olvida....

GUSTAF FRODIG.



ATENAS

(Versión de Guillermo Valencia)

La tierra en que nací queda en Oriente;
y es de un monte de mármoles vecina,
y mira del confín, vasto, esplendente,
el Egeo de clámide azulina.

Ebria de aire y de sol, calladamente
se aduerme a influjo de visión divina,
y entre las rosas y el olivo siente
intacta crepitar su gran ruina.

La tierra en que nací propicias horas
tuvo, surcó triunfante el mar profundo,
y pobló remotísimas arenas:

y de frentes invictas o creadoras
soberbia madre fué, y enseñó al mundo.
¡La tierra en que nací se llama Atenas!

ARTURO GRAF.



Color de sueño

Anoche vino a mí de terciopelo;
sangraba fuego de su herida abierta;
era su palidez de pobre muerta,
y sus náufragos ojos sin consuelo . . .

Sobre su mustia frente descubierta
languidecía un fúnebre asfodelo,
y un perro aullaba en la amplitud de hielo
al doble cuerno de una luna incierta . . .

Yacía el índice en su labio, fijo
como por gracia de hechicero encanto.
Y, luego, que movido por su llanto,

quién era, al fin, la interrogué, me dijo:
— ¡Ya ni siquiera me conoces, hijo!
¡Si soy tu alma que ha sufrido tanto!

JULIO HERRERA REISSIG.

Corazón de otoño



EL viejo mendigo de todos los días, con su pierna anquilosada y su bordón retorcido como una raíz, se ha plantado ante el puesto de flores donde una admirable muchacha, una linda ramillettera—rosas y violetas—ofrece la dulzura de su sonrisa a los paseantes vespertinos.

Las violetas eran una obsesión en los días floridos del pobre viejo. La química no se había entrometido en el reinado de las flores mixtificándolo todo; sus manos de señor elegante solían cortar en los jardines familiares, ya desaparecidos, aquellas cabecitas llenas de fragancias bajo los rosales en primavera. ¡Qué matices más suaves los de las violetas de entonces! Después vinieron las falsificaciones... Y el mendigo, que había sido voluptuoso y banal, acariciaba con ojos insaciables un pequeño ramillete de violetas alpinas, un tesoro de doce céntimos.

En el desfile de los sucesos anteriores, aventuras y desventuras están impregnadas de violetas. Las *Ellas* se han marchado sucesivamente bajo las flores, hacia la tierra. Sólo queda él como una hoja que el otoño olvidó en un ramo. Una hoja olvidada en mitad de la vida.

¡Qué bien se debe estar allí, siempre muy junto a los ramilletes! Y ese perfume entontecedor, que no se sabe si procede de las flores o de la muchacha...

Es preciso adquirir el ramo aun cuando en los bolsillos no quede un centavo para la cena; pues en todo el día sus manos se han alargado sin provecho, tenazmente, al paso de muchos señores, y sus labios han repetido en vano la misma súplica dolorosa de otras veces. ¿Por qué el sentimiento de la verdadera fraternidad acaba por borrarse del corazón de les hombres? ¿De qué florestas filosóficas viene ese soplo implacable que dobla cabezas como espigas de campo? La verdad es que, al implorar una limosna, sorprendemos a menudo en la mirada, en el gesto del transeunte, un ímpetu secreto de arrojarse sobre nosotros y despojarnos de una prenda, no importa cuál: el raído chambergo, la escudilla, el bordón.

Además... ¡qué favorables son las flores a las filosofías! Divagar, ensoñar, enredar el hilo al huso del recuerdo...

Un caballero alto, con dos sortijas de brillantes en el anular de la mano izquierda y un trébol sobre la corbata arcoiris, se detiene también ante el puesto de la ramilletera. Escoge las rosas más grandes y encendidas y forma un cucurucho ridículo, un ramillete inverosímil, como para lucir en una canastilla de sobremesa. El caballero paga espléndidamente; pero antes de irse con el cucurucho bajo el brazo, se fija en la sonrisa de la muchacha y le dirige, galante y zalamero, algunas palabras impertinentes. La chica se recata, se esquiva en una fuga de esforzados protestas.

Y al alejarse claudicante, las violetas en la *bou-tonniere*, arrastrando su pierna anquilosada y apoyado en el bordón retorcido como una raíz, entre los paseantes vespertinos, el infeliz viejo piensa en que todos, todos esos señores de guantes grises y bastón de caña le alargan las manos suplicantes en demanda de una limosna.

EUGENIO DE CASTRO.



El ausente

(Traducción de Abel Murín)

Me voy, madre, es la hora.
Cuando a la claridad de la mañana
busquen tus brazos al rapaz inquieto
bajo el tibio regazo de las sábanas,
te dirás: ¡No está aquí!—Ya habré partido...

Habré partido ya... Seré la blanda
brisa que te acaricia: la burbuja
de aire que se revienta sobre el agua,
madre, para besarte sin descanso
cuando te bañes pudorosa y blanca.
Y en las noches de invierno,
cuando cante la lluvia entre las ramas
mis susurros oirás, como un relámpago
brillará mi reír tras las persianas,
y alumbraré con mi reír tu alcoba
por la abierta ventana.

Si pensando en tu ausente,
madrecita, te pasas
los días y los días sollozando,
las noches y las noches desvelada,
yo, desde las estrellas más lejanas,
cantaré: *Duerme, duerme*. Y mientras duermas,
como un rayo de luna que te guarda,
entraré por tu alcoba y, blandamente,
me echaré en tu regazo, madre amada.
Seré tu sueño y por entre la urdimbre
de tus pestañas húmedas de lágrimas
me abismaré en la sima de tu sueño;
y cuando ya despiertes con el alba
y mires en redor, abriré al punto
las temblorosas alas
y, como una luciérnaga,
saldré volando hacia la noche helada. . . .

Y en las alegres fiestas familiares,
cuando concurren a jugar en casa
los niños de la casa del vecino,
fluiré en la melodía de las flautas
y latiré en el corazón de todos.
Traerán regalos. En la ingenua plática
dirán:—¿Y el niño dónde está?—Tú, madre,
les dirás dulcemente:

—Está en mis lágrimas,
está en las turbias niñas de mis ojos,
está en todo mi cuerpo, está en mi alma.

RABINDRANATH TAGORE.



Bolívar



BOLÍVAR era pequeño de cuerpo. Los ojos le relampagueaban, y las palabras se le salían de los labios. Parecía como si estuviera esperando la hora de montar a caballo.

Era su país, su país oprimido, que le pesaba en el corazón, y no le dejaba vivir en paz. La América entera estaba como despertando. Un hombre solo no vale nunca más que un pueblo entero; pero hay hombres que no se cansan, cuando su pueblo se cansa, y que se deciden a la guerra antes que los pueblos, porque no tienen que consultar a nadie más que a sí mismos, y los pueblos tienen muchos hombres y no pueden consultarse tan pronto. Ese fué el mérito de Bolívar, que no se cansó de pelear por la libertad de Venezuela, cuando parecía que Venezuela se cansaba. Lo habían derrotado los españoles: lo habían echado del país. El se fué a su isla, a ver su tierra de cerca, a pensar en su tierra.

Un negro generoso lo ayudó cuando ya no lo quería ayudar nadie. Volvió un día a pelear, con trescientos héroes, con los trescientos libertadores. Libertó a Venezuela. Libertó a Nueva Granada. Libertó al Ecuador. Libertó al Perú. Fundó una nación nueva, la nación de Bolivia. Ganó batallas sublimes con soldados descalzos y medio desnudos. Todo se estremecía y se llenaba de luz a su alrededor. Los generales peleaban a su lado con valor sobrenatural. Era un ejército de jóvenes. Jamás se peleó tanto ni se peleó mejor en el mundo por la libertad. Bolívar no defendió con tanto fuego el derecho de los hombres de gobernarse por sí mismo, como el derecho de América a ser libre. Los envidiosos exageraron sus defectos. Bolívar murió de pesar del corazón, más que de mal del cuerpo, en la casa de un español en Santa Marta. Murió pobre y dejó una familia de pueblos.

JOSÉ MARTÍ



Claror de luna

Ante el balcón florido de la calle sombría
renace la emoción de un viejo sentimiento;
vivo en esta hora nueva la antigua poesía
y me trae perfumes conocidos el viento.

Es mi amor tan lejano que me parece un sueño,
la clave de las rimas que ha hecho mi corazón;
es en el triste horario de mi vida, el risueño
cuento de Abril, el salmo de mi resurrección.

Esta noche florece mi leyenda encantada
y una dulce esencia perfuma el alma mía;
mi paso retrocede por la senda ya andada
y vivo aquel remoto milagro de alegría.

¡Mujer, fuente divina de sensuales temblores!
Sueño . . . Rayo de luna. Que no sé lo que eres.
Siempre has sido tú misma en mis otros amores
única en la escultura de las otras mujeres.

Tu recuerdo es la sola razón de mi existencia,
y de nuestros amores en la historia doliente
ya han muerto las palabras, sólo queda la esencia,
triste como el confuso añorar de la fuente.

En mis horas, cortejo de todos los dolores,
negras encrucijadas donde el desastre espera,
hay un claro de luna, cantan los ruiseñores
y pasa por mi puerta la novia primavera.

Entre música y flores digo mi rima única
bajo la eucaristía de la alba luna calma . . .
Su voz suena en mi oído y el albor de su túnica
aparece en el claro de luna de mi alma.

E. CARRERE.



Los buenos días

Para ESFINGE.



HABÍA en mi infancia una abuela, a quien llamaban *la niña Petronila*. Un antiguo aroma de raíz de violeta salía del baúl forrado de cuero, donde, toda llena de gracia y santificada en el Señor, estaba la ropa que estrenaría en los días grandes de la Iglesia. Su eucologio de letras góticas y su camándula eran sostenidos por los dedos temblones, y ella pasaba, toda aromada y milagrosa, como las santas de las divinas leyendas.

En el patio de la casa, y en tierra blanca de tanto dar corolas, mi señora Petronila cultivaba un jardín. Los buenos días le daban, en su aroma de blancura, las limonarias que se mojaban de agua-ceros, las dalias de Jerusalén, las rosas de Alejandría y las madre selvas de San Luis. Y la querida anciana desmoronaba tierra de consagración en los tiestos que regaba en cuanto amanecía.

Ella creyó que era pecado cortar la rama florida y partir sin plegarias el pan de sol y de pureza. Cuando entraba una paloma blanca, prófuga, sahumaba con incienso la casa y sentía en el corazón la miel del Espíritu Santo; y en vísperas de la fiesta de la Ascensión, cortaba las yerbas medicinales para curar a sus enfermos.

Alguien que la oyó conversar con las corolas abiertas y las cosas puras, refiere que cierta vez, una vara de rosas, la saludó con la secuencia:

—Buenos días, niña Petronila, ¿cómo ha amanecido?

—Gracias a Dios—contestó la abuela, conmovida, mientras en sus canas se estremecía el sol.—Gracias a Dios, que sois olorosas y buenas como Mi Señor Jesucristo.

Y la niña Petronila se fué a la iglesia, emocionada y virtuosa como un ángel trigueño, porque parecía que en el patio se hubiese deshojado la albahaca del balcón....

RAFAEL HELIODORO VALLE.



BALADA

Al-Mojahed, el Califa
de la florecida barba,
aguileña nariz y ojos tan negros
como el café de la felice Arabia;

Al-Mojahed, el Califa
de veinte años, en Granada,
sus labios muestra sin color y tiene
los ojos tristes y la frente pálida.

No ya remira sus flores
abiertas al sol de Africa,
ni los corceles de cabeza enjuta
que devoran el viento de la pampa.

Sobre mullidos cojines
dobla la cabeza lánguida,
que a la luz del crepúsculo semeja
un lívido nenúfar entre el agua...

Porque le encienda la vida
hizo venir a su alcázar,
de los confines del Oriente, un moro
de ojos de halcón y cabellera blanca.

Y horas después el Califa,
su fría mano apoyada
en el moro, las sordas galerías
de su desierta habitación cruzaba,

hasta descubrir el muro
cuyas vidrieras caladas,
a breve altura, como el arte pide,
filtran la luz por sus hendijas largas,

de donde, ¡sueño fantástico
de los magos y las hadas!
salen brazos desnudos de mujeres
rubias, morenas, amarillas, pálidas.

Paróse junto, el Califa,
del primero que asomaba:
era el mórbido brazo de una rubia,
con infantil coloración de nácar.

Tomóla el moro, y al filo
de leve cuchilla, salta
sobre una copa de marfil luciente,
el jugo de la blonda castellana.

Ásoma después, mas negro
que el oro de las gitanas
y el tinte oscuro que en dorado fondo
la piel sedosa de los tigres mancha,

el envilecido puño
de una virgen africana,
que al leve arañó del cuchillo suelta
undivagas serpientes de escarlata...

Y como de piedra inmóvil
teñido con luz de alba,
viene luego la mística figura
de un brazo núbil de belleza casta;

redondo y tibio, le cubre
la peluza plateada,
que brilla sobre el rostro de las vírgenes
y en las frutas caídas de las ramas;

y entre el pulido contorno
de sus carnes frescas, blandas,
como en el mármol del antiguo Abruzzo
corren menudas venas azuladas.

Ese brazo gime, sueña,
languidece, ríe, canta,
revela en el lenguaje de la línea
la luz de un cuerpo, la visión de un alma.

Y cuando vertió sus púrpuras
entre la copa labrada,
pensó el Califa en los harpones trémulos
que van al cuello de las corzas blancas,

y prosiguió distraído
(la copa ya rebosaba):
*La luz viene de Oriente—dijo el moro—
ruega, que tu salud está alcanzada.*

Y al ofrecer al magnate
la honda copa torneada
como un seno,—*A que bebas te conjuro—
dijo—el solo remedio que te salva.*

Y Al-Mojahed, el Califa
de la florecida barba,
de aguileña nariz y ojos tan negros
como el café de la felice Arabia,

Al -Mojahed, el Califa
de veinte años, en Granada,
no mostró ya los labios incoloros,
los ojos tristes, ni la frente pálida. . .

ENVÍO:

Si a las mías que la buscan
tu mística mano alargas,
alentará mi espíritu ya muerto
con la frescura de su amor, ¡oh Hada!

GUILLERMO VALENCIA.



Julián del Casal

Sacerdote de un culto misterioso,
de una ideal esperanza siempre ida,
alzaba su canción, interrumpida
cada estrofa al concluir por un sollozo.

Soñando siempre se creyó dichoso;
más la ilusión del sueño no cumplida,
fué apagando las rosas de la vida
en su semblante varonil y hermoso.

¡Pobre alma de Casal, descreída y bella!
Buscaba alivio a su pesar; en tanto
vino la noche y apagó su estrella.

Y ya muerto el afán, flor de tristeza,
el dulce poeta preludiando un canto
ocultó entre las sombras la cabeza.

JERÓNIMO J. REINA,

Responso a Verlaine

PADRE y maestro mágico, liróforo celeste,
que al instrumento olímpico y a la siringa agreste
diñste tu acento encantador.

¡Panida! Pan tú mismo, que coros condujiste
hacia el propíleo sacro que amaba tu alma triste
al son del sistro y del tambor.

Que tu sepulcro cubra de flores Primavera,
que se humedezca el áspero hocico de la fiera
de amor si pasa por allí;
que el fúnebre recinto visite Pan bicorne,
que de sangrientas rosas el fresco abril te adorne
y de claveles de rubí.

Que si posarse quiere sobre la tumba el cuervo,
ahuyenten la negrura del pájaro protervo
el dulce canto de cristal
que Filomela vierta sobre tus tristes huesos,
o la armonía dulce de risas y de besos
de culto oculto y forestal.

Que púberes canéforas te ofrenden el acanto:
que sobre tu sepulcro no se derrame el llanto,
sino rocío, vino, miel;
que el pámpano allí brote las flores de Citeres,
y que se escuchen vagos suspiros de mujeres
bajo un simbólico laurel.

Que si un pastor su pífano, bajo el frescor del haya,
en amorosos días, como en Virgilio, ensaya,
tu nombre ponga en la canción;
y que la virgen náyade, cuando este nombre escuche,
con ansias y temores entre las linfas luce
llena de miedo y de pasión.

De noche en la montaña, en la negra montaña
de las Visiones, pase gigante sombra extraña,
sombra de un sátiro espectral;
que ella al Centauro adusto con su grandeza asuste
de una extrahumana flauta la melodía ajuste
a la armonía sideral.

Y huya el tropel equino por la montaña vasta:
tu rostro de ultratumba bañe la luna casta
de compasiva y blanca luz;
y el sátiro contemple sobre un lejano monte
una cruz que se eleve cubriendo el horizonte
y un resplandor sobre la cruz.

RUBÉN DARÍO.

El ruego

Señor, tú sabes cómo, con encendido brío
por los seres extraños mi plegaria te invoca.
~~Ahora~~ vengo a pedirte por uno que era mío,
mi yaso de frescura, el panal de mi boca,

cal de mis huesos, dulce razón de la jornada,
gorgeo de mi oído, ceñidor de mi veste.
Me cuido hasta de aquellos en que no puse nada.
¡No tengas ojo torvo si te pido por éste!

~~Que me~~ estaré, Señor, con la cara caída
sobre el polvo, parlándote un crepúsculo enter@
o todos los crepúsculos a que alcance la vida,
si tardas en decirme la palabra que ~~espero~~.

Fatigaré tu oído de preces y sollozos,
lamiendo—lebrél tímido—los bordes de tu manto,
y ni pueden huirme tus ojos amorosos
ni esquivar tu pié el riego caliente de mi llanto.

Te digo que era bueno, te digo que tenía
el corazón entero a flor de pecho, que era
suave de índole, franco como la luz del día,
henchido de milagro como la primavera.

~~Tú me replicas~~, duro, que es de plegaria indigno,
el que no untó de preces sus dos labios febriles
y se fué aquella tarde sin esperar tu signo,
trizándose las sienas como cuencos sutiles.

Pero yo, mi Señor, te arguyo que he tocado,
de la misma manera que el nardo de su frente,
todo su corazón dulce y ~~atribulado~~,
y tenía la seda del capullo naciente !...

¿Que fué crüel? Olvidas, Señor, que lo quería
y que él sabía suya la entraña en que llagaba.
¿Que enturbió para siempre mis linfas de alegría?
¡No importa! Tú comprendes: ¡yo lo amaba, lo amaba!

Y amar—bien sabes de eso—es amargo ejercicio:
un mantener los párpados de lágrimas mojados,
un refrescar de besos las trenzas del cilicio,
conservando bajo ellas los ojos extasiados.

El hierro que taladra tiene un gustoso frío
cuando abre, cual gavillas, las carnes amorosas,
y la cruz (Tú te acuerdas, oh, Rey de los judíos)
se lleva con blandura, como un gajo de rosas.

Dí el perdón, dilo al fin. Va a esparcir en el viento
la palabra el perfume de cien pomos de olores
al vaciarse. Toda agua será deslumbramiento.
El yermo echará flor y el guijarro esplendores.

Se mojarán los ojos oscuros de las fieras
y, comprendiendo, el monte que de piedra forjaste,
llorará por los párpados blancos de sus neveras.
¡Toda la tierra tuya sabrá que perdonaste!

GABRIELA MISTRAL.



NUBES

(INEDITA)

Sobre el azul cobalto, vaga pausado y dócil
un rebaño de nubes que Eolo pastorea.
Rozando las águdos picos de las montañas
o a ras del horizonte, cruza la mole inmensa.
Los cúmulos a veces se amontonan y apiñan
como la grey que escucha el aullar de una fiera;
otras veces se aparta algún jirón nevado
que huye, vuela y torna cual descarriada oveja
o se pierde y deshace en los campos azules
como cordero incauto que se tragó la selva.
Las nubes lentamente caminan al aprisco
de donde irá a sacarlas la matutina niebla,
y el sol, en un ocaso de vislumbres extrañas,
sobre la mole errante va volcando tristezas....
En la tarde muda,
parecen las nubes rebaños de penas.
En la noche poblada de silencio y de sombras
donde se busca en vano el fulgor de una estrella,
angustiosa y pesada como un remordimiento
que turba la vida, hay una nube negra,
y cual monstruo nefando en acecho de víctimas
con pavoroso ritmo sus formas balancea.

Como mano piadosa que en un paño de tumba
va prendiendo a los bordes plateada cenefa,
del seno de la nube una luz misteriosa
dibuja los contornos de la mole siniestra.
Sobre la torre angosta que es un remedo fúnebre
de un ciprés desolado, una fosforescencia
repentina fulgura, y pone una sonrisa
de paz sobre el inmóvil gallo de la veleta.
La orla luminosa de la nube se ensancha,
y hay augurios propicios en la noche serena...
Asoma la luna
como una alegría sobre una conciencia...

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ.



La muerte de Sigalión

—Hay dos clases de escritores—decía Sigalión—
los que escriben y los que no escriben.

Este aforismo bebido por un auditorio atento a
sacudir su cabellera, provocó un murmullo feliz. el
rumor de la onda que se hincha y revienta. Des-
pués fué el silencio de los arroyuelos que se desli-
zaban por la arena, del pensamiento que va a jun-
tarse con el pensamiento ascendente y a morir en él.

—Hay dos clases de escritores que no escriben—
agregó Sigalión—los imponentes y los desdeñosos.

El joven océano rugió en una tempestad de jú-
bilo; las olas, locas de ironía, saltaban como cabras
y reventaban como nubes. Los desdeñosos mani-
festaban su contento cotidiano de haber oído, una
vez más, el verbo definitivo.

En su juventud, en la hora de las flores, Sigalión
había vivido largas y tristes noches, luchando con-
tra la rebelión de su genio mudo; había dudado de
su destino, pensando en otros quehaceres. Por
fin, huyendo hacia los países donde la vida es dul-
ce, donde el aire es puro donde el pensamiento se
embriaga con la exaltación de la Naturaleza, había
oído una tarde de paz solitaria y grave, la voz ma-
liciosa de la palabra interior.

—¡Desdén! ¡Desdén!

Cuando volvió a sus amigos les mostró con sencillez las manos vacías.

Antaño, ¡cuántas veces había debido explicar a la duda ansiosa de una juventud ardiente, o misterios de su obra futura! ¡Cuántas noches pasadas serenamente comentando el verso supremo: *El mañana camina en la sombra, con las manos llenas de rosas...*!—¡Llama de gloria alzada en la cima hipotética de la torre! ¡Noches de infancia, noches de ilusión! Ahora callaba y sonreía. A veces se le oía murmurar:

- ¡Nada! ¡Nada!

Un día habló:

—¡Nada? ¡Nó! Yo admito el dístico; pero cincelado por el poeta mismo en las láminas de oro de un cofre real.

Más tarde completó su profesión oracular.

—¡El Arte verdadero es la Vida!

La tercera de sus frases proferidas después de un nuevo silencio de varias semanas acabó de entregar al mundo el pensamiento de Sigalión.

Los sentidos son los verdaderos y los únicos instrumentos del artista.

Agregó:

— Ya tenéis mi evangelio. Me callo. Me consagro por entero al Arte, es decir, a la Vida.

La gloria de Sigalión franqueó la estrecha puerta de los cenáculos. Era hermosa. Las mujeres le desearon; amaron al poeta de la vida; el Arte les pareció muy fácil de comprender.

Sin embargo, Sigalión permaneció fiel a sus discípulos, y no pasaba un día sin que los reuniera y fortificara en el noble desdén por el detestable trabajo de escribir *por el cual los más nuevos y los más audaces pensamientos son siempre traicionados*

Aunque hablaba poco, permitía la palabra. Demasiado vaga para determinar contornos precisos, la palabra no encierra la idea en una prisión; traza un círculo vasto en el cual la imaginación juega con placer, sin ser dominada por el miedo de los gestos definitivos e irrevocables. Los desdeñosos hablan. En menos de una velada, poemas, pequeños gérmenes llevados por el viento, echaban raíces, crecían hasta el tamaño de los más bellos árboles. Entonces, a hachazos, se les destrozaba, y cada uno llevaba un pedazo a su casa. Fuertes con los libros que habrían podido hacer, los desdeñosos

adquirían los derechos del crítico absoluto y negador. Odiaban todo, enterraban todo en las catacumbas de una manera de rehacer un libro mediante unas cuantas frases despectivas, que abolían para siempre la obra caída a sus pies. Ante todo, se manifestaban impíos con aquel de sus hermanos que rompía el pacto del silencio. Por un pequeño *juego aliterativo* en prosa limitada, Sigalión, terrible y duro, arrojó de la Iglesia a uno de esos desdeñosos más abstractos y más alt vos.

Pasaron los años. El maestro envejecía. Conforme a una de sus frases felices--frase de una noche de fiesta y de abandono: *La alcoba es el gabinete de trabajo del poeta de la vida*. Sigalión había trabajado mucho. El poema de su vida se marchitaba. Empezó a tener noches menos heráticas; sus aforismos brotados demasiado pronto de sus labios indecisos, caían inmediatamente sobre sus colas, como culebras dormidas. Sus galanterías se hacían discretas; heridas en lo vivo, desfallecían. Cesó de ser deseado; se acabó por tenerle miedo. Un día, fué evidente que Sigalión vivía su última estrofa.

Su muerte fué bella

Con el tono de dignidad que conviene a las confesiones supremas, dijo:

—Cuando joven, antes de conocer mi vocación... un libro... un librito... ¡oh! bajo un seudónimo... algunos versos, treinta, quizá cuarenta... ¡Perdonadme!

Esta confesión conmovedora turbó los corazones presentes: las mujeres lloraban; los jóvenes se estrechaban las manos febrilmente.

Sigalión repitió:

—¡Perdonadme!... ¡Pero sobre todo, vivid! ¡Vivid el poema de la Vida!

Y, en el estremecimiento del último minuto, se le oyó todavía murmurar:

—¡Muero ahogado por las ideas!

REMY DE GOURMONT.



Cantos de adiós

(Versión de Armando Lassur)

Camarada, esto que tienes entre las manos no es un libro;

Quien vuelve sus hojas toca un hombre.

(¿Es de noche? ¿Estamos solos los dos?)

Soy yo el que te abraza y a quien abrazas; salto de las páginas a tus brazos; la muerte es la que me envía.

Amigo querido, quien quiera que seas, recibe un ósculo;

Te lo doy especialmente a tí; no me olvides.

Me siento como alguien que concluida su jornada, reposa un instante

Ahora sufro una de mis numerosas transformaciones, paso por uno de mis infinitos *avatares*.

Una esfera desconocida, más real y directa de lo que yo mismo imaginara, guía mis pasos.

¡Adiós!

Acuérdate de mis palabras: pudiera ser que yo tornara de nuevo.

Te amo aunque me aleje de la materia,
I sea yo como un ser incorporado, triunfante, muerto.

WALT WHITMAN.



El perfume del recuerdo

(Traducción de Sitrío Lago)

No me atrevo a moverme en la cama deshecha, entre las sábanas aún cálidas del calor de su cuerpo, para no deshacer su huella.

Hoy no me bañaré ni me pondré la túnica, ni entraré el peine en mis cabellos para no borrar sus caricias

Tampoco podré comer ni cubrir de carmín mis labios, que conservan la presión de sus besos.

No abriré la ventana, ni la puerta, para que el viento y la luz no me arrebaten su recuerdo.

PIERRE LOUYS.

Elogio del pintor Francesco Paolo Michetti

(Fragmento)



AQUÍ se encuentra toda nuestra raza, representada en las grandes líneas de su estructura física y de su estructura moral: la antigua raza vivaz de los Abruzzos, tan gallarda, tan pensativa, tan canora en torno de su montaña materna, de la que descienden en ríos perennes hacia el Adriático la poesía de las leyendas y el agua de las nieves. Aquí están las imágenes eternas de la alegría y del dolor de nuestra gente, bajo el cielo rezado con salvaje fe, sobre la tierra labrada con paciencia secular. Aquí pasan junto al mar pacífico, a hora del alba, los vastos rebaños conducidos por pastores solemnes y grandiosos como patriarcas, a semejanza de las emigraciones primordiales. Aquí se despliegan, junto a los campos de lirio florecido, junto a los campos de trigo maduro, la pompa de las bodas, los votos, los mortuorios. Aquí, los hombres, encendidos de un deseo inextinguible, siguen en pos de la mujer hermosa y fuerte, que emana de su cuerpo un desconocido maleficio, y se baten a golpes de hoz entre las mieses gigantes, bajo un ocaso sanguinoso que hace más negras y trágicas sus sombras sobre el suelo raso. Aquí turbas fanáticas, con los torsos desnudos tatuados de símbolos azules, con los brazos ceñidos de culebras, o canastos de grano en la cabeza, marchan tras sus ídolos, gritando, aturridos por la monotonía de sus gritos... Aquí la virgen exangüe, liberada de un hechizo de amor, después de haber visto la faz de la muerte, va a cumplir un voto en compañía de sus parientes, que llevan el donativo de la cera; y el grácil fantasma, en medio de las bellas mujeres fecundas, en medio de los agricultores adustos y nudosos, pasa casi aéreo en la luz del mediodía, bajo el azur inexorable, junto a los trigales altos, rubios e infinitos. Todos los dramas y todos los idilios, todas las imágenes de la alegría y del dolor de nuestra gente se hallan aquí como en un poema visible. Y en cada uno de estos seres el artífice deja entrever un alma sin límites, el misterio de las sensaciones confusas, la profundidad de la vida inconsciente, las maravillas del sueño involuntario heredado.

GABRIEL D'ANNUNZIO.

A la sordina

(Traducción de Román Mayorga Rivas)

En la indecisa luz que por las ramas
de los árboles entra, el amor nuestro
saturemos, bien mío, de esta calma
y profundo silencio.

En éxtasis el alma y los sentidos.
fundámoslos en estas languideces
vagas y temblorosas de los pinos
y los abetos verdes.

Entrecierra los párpados, y cruza
sobre el seno los brazos; adormido
tu corazón arroje a la ventura -
todo humano designio.

Que nos arrulle alhagador el soplo
del manso viento que oloroso llega
á tus pies a rizar las ondas de oro
de la madura yerba.

Sólo cuando la noche se descuelgue
de los oscuros robles, nuestro duelo
que cante el ruiseñor en la solemne
paz del gran silencio.

PAUL VERLAINE.



DE LA LAMPARA DE BARRO

¿Por qué hoy vuestras caricias no prodigáis ligeras,
oh brisas del jardín de la Hélade divino,
auras de Cécrops suaves, aladas mensajeras,
que algún día tentásteis al gran poeta latino?
.....

Desde allí y a lo lejos, la vista sonriente,
del mortal los horrores hubiera contemplado,
la ambición y el amor con su delirio ardiente
y el inútil incienso ante el altar quemado.

FEDERICO PLESSIS.

- 1.00 -

Tras el claro cristal...

Tu juventud sonríe y la sonrisa es rosa,
en el jardín sonriente de las ojeras lilas
donde el amor, soñándose ideal mariposa,
transfigura en dos alas azules tus pupilas

Arde tu adolescencia, áurea de primavera,
en madurez de risa y encanto matinal.
El sol se ha adormecido sobre tu cabellera,
y eres, como la luna, blanca y sentimental.

Tu alma es una siembra de vida íntima y pura
que dilata tus ansias y hasta tu pensamiento.
Ella dará su espiga dorada de ternura
en la mañana rubia de rocío y de viento.

Tras el claro cristal de tu clara alegría
sonríe la ilusión, en su enigma inefable.
No sabe del suspiro de la melancolía
ni de la sed amarga del deseo insaciable.

Tu mirada refleja las montañas floridas,
el verde de los huertos sonoros de canciones,
como la mansedumbre de sus aguas dormidas
en la más candorosa de las incomprensiones.

A veces tu mirada, que angustia lo lejano
en blanco misticismo y ante el altar absorta,
interroga el obscuro silencio de lo arcano
¡Qué gracia tan ingenua la de tu falda corta!

Y serás mariposa.. Íntimo devaneo
agitará tus ansias en inquietud ondeante.
Y cuando fulja el alba del inmenso deseo
tus brazos serán alas para el amor triunfante.

JOSÉ VALDÉS.



RECUERDO DE ALFREDO DE VIGNY

Tenía yo diez y siete años cuando conocí a Alfredo de Vigny en un gabinete de lectura establecido en la calle de la Arcade. Jamás olvidaré que llevaba corbata de raso negro prendida en un camafeo, sobre la cual se doblaba el terso cuello de redondas puntas. Tenía en la mano un junquillo con puño de oro. Era yo muy joven y él no me pareció viejo. Su mirar era apacible y dulce. Sus cabellos descoloridos, pero sedosos aún y ligeros, caían en bucles sobre sus redondas mejillas. Permanecía muy erguido, paseando con lentitud y hablando en voz baja. Después de retirarse hojé con respetuosa emoción el libro que había leído. Era un tomo de la colección Petitot, creo que las *Memorias del Canal*. En él encontré un registro olvidado, estrecha tira de papel, en la cual y con caracteres altos y puntiagudos, que recordaban la caligrafía de Mad. de Sévigné el poeta había trazado con lápiz una sola palabra, un nombre: *Belero-fonte*. Héroe fabuloso o navío histórico, ¿qué significaba este nombre? ¿Pensaba Vigny, mientras escribía, en Napoleón tocando en los límites de las grandezas materiales, o bien se decía: «El caballero melancólico conducido por Pegaso ¿no habrá dado muerte, aunque otra cosa digan los griegos, al monstruo terrible y admirable, que con el sudor en la frente, inflamada la garganta y ensangrentados los pies, perseguimos locamente, la Quimera?»

ANATOLE FRANCE.





SUMARIO:

- El jardín*, J. H. Rosny.
Anima trémula, Enrique González Martínez.
Cruzita, Francisco Villaseca.
Lloviendo, Juan Ramón Molina.
Letrilla floral, Rafael Heledoro Valle.
J'erris; entre mon rêve et toi.... -Des cloches c'est le jour de paques...., Charles Guerin.
Nocturno melancólico, Froylán Turcios.
Así será.... José Santos Chocano.
De la vida, Ramón Ortega.
La ironía de la primavera, Andrés Mata.
Edgar, José Olivares.
Paseo lucólica, Rufino Blanco-Fombona.
El buzo, Federico Schiller.
La ribera encantada, Luis Andrés Zúñiga.
Vieja canción, Leopoldo de la Rosa.
Enigma, Guillermo Valencia.
Sueño remoto, Víctor M. Londoño.
Media noche, Enrique Heine.
Tus ojos, Jesús Sempurn.
La estatua de Atrodita, Pierre Louys.
Sumarios de ESFINGE.

TIPOGRAFIA NACIONAL
TFGUCIGALPA, HONDURAS

El Nuevo Tiempo

DIARIO DE LA TARDE

DIRECTOR:
FROYLAN TURCIOS

Plantaciones Cuyamel

Cuyamel, Honduras.

EXPORTADORES DE BANANOS
y PRODUCTOS DEL PAIS.

Se necesitan jornaleros.
Dirección telegráfica: Veracruz

DR. NAZARIO SORIANO

Con práctica en los hospitales de París, Londres y Bruselas y diplomas especiales de enfermedades tropicales y de mujeres y niños.— Consultas de 2 a 5 — Teléfono 225.— Casa de don José Barrientos, frente al Dr. Francisco Escobar

HOTEL AGURCIA

MONTADO
AL ESTILO
AMERICANO

El mejor de su clase en Centro-América. Cuenta con todos los elementos modernos: lujo, confort y servicio esmerado.

El comedor está a cargo de un cocinero extranjero, costado expresamente.

Atención especial a los pasajeros y turistas. Se aceptan pensionistas. Se sirven Banquetes, Cenas, Almuerzos; Soirés, etc., a precios convencionales.

Está abierto al servicio público todo el día y la noche.

Instalado en el edificio LA MASCOTA.— Avenida Cervantes, Núm. 11 — Teléfono Núm. 1 — Tegucigalpa Honduras, C. A.

BANCO ATLANTIDA

SUCURSAL:—Tegucigalpa, Honduras

OFICINA PRINCIPAL
LA CEIBA (Honduras)

Dirección Telegráfica:
BANCATLAN

Código en uso: Liber's reformado
ABC 5ª Edición.

SUCURSALES: San Pedro Sula,
Puerto Cortés.

Capital suscrito \$ 500 000 00 oro.
Capital pagado \$ 250.000 00 oro

Admite depósitos a la vista y a plazo. Abre cuentas corrientes, compra y vende Cheques, Libranzas, Letras de Cambio y Monedas Extranjeras. Emite Cartas de Crédito, hace préstamos con garantía satisfactoria, y, en general, toda clase de operaciones bancarias.

CORRESPONSALES:

New Orleans, New York, San Francisco, Londres, París, Hamburgo, Italia, España, Belice, Guatemala, El Salvador, Nicaragua, Costa Rica y cabeceras departamentales del país.

Horas de oficina: 9 a 12 m. y 2 a 4 p. m.

TEATRO VARIEDADES

FUNCIONES LOS DOMINGOS,
MARTES, JUEVES Y SÁBADO
Se exhiben las mejores películas.

PROPIETARIO:

Antonio Lazzari.

SILVERIO GOMEZ,

Abogado y Notario Público,
dedicado exclusivamente al ejercicio de su profesión — Asuntos civiles, y administrativos. — Representación de casas comerciales y de empresas industriales — Compra y venta de propiedades inmuebles — Colocación de dinero a interés. — Cartulación. — OFICINA: Casa de don Manuel Ugarte, frente a la Librería Alemana. HORAS: de 9 a 12 m. y de 2 a 5 p. m. — Teléfono N.º 227

LA ECONOMICA

Fábrica de Velas,
Jabón y Aguarrás

La más antigua y acreditada en la República. La única que beneficia los productos del país.

A LOS CONSUMIDORES se les suplica exijan siempre los productos marca LA ECONOMICA por ser los mejores y que han sido premiados con MEDALLAS DE PLATA Y BRONCE en la Exposición de San Francisco California, 1915. — AGENTES GENERALES en Tegucigalpa: Señores P. UHLER & C. — Calle del Comercio, N.º 15

VILLARS, DREHSEL y Co.